

RCG 5409

1879-1908



# Vida dolorosa de Carlos Pezoa Véliz

A las nueve de la mañana del 21 de abril de 1908, "solo en la amplia pieza" del hospital San Vicente de Santiago, falleció Carlos Pezoa Véliz, a los 29 años de su dolorosa existencia. "Su soledad durante el tiempo que estuvo recluido en el hospital fue horrible. Su agonía duró cinco

días, durante los cuales el poeta vivió en un estado de sopor y letargo", dijo el doctor Eugenio Cienfuegos, quien le acompañó hasta sus últimos instantes.

El poeta había nacido el 21 de julio de 1879, hace casi cien años, en la capital, de unión ilegítima. José María Pezoa y Emerciana Véliz, un matrimonio modesto, sin hijos, lo recogió siendo muy niño. Su niñez y adolescencia fueron muy tormentosas. "De niño a hombre, sin pensar jamás en músculos, debí sólo ver flores, ver cariño, campañas, alboradas y crepúsculos", diría después el vate al sentir "el Cansancio del Camino".

Durante su adolescencia, Pezoa Véliz, trabajó en oficios diversos, entre otros, de zapatero remendón. En la temporada de verano se ocupó en calar sandías en un mercado, que quedaba a poca distancia de su casa.

Pezoa Véliz efectuó sus estudios secundarios en el liceo San Agustín, hasta que problemas de orden económico y psicológico le obligaron a suspenderlos. Algunos años más tarde, sin embargo, el joven Pezoa volvía a estudiar "embrutecedoramente" y rendir en un año tres exámenes que le faltaban para el bachillerato.

El peligro de guerra con Argentina, en 1898, movió al poeta a ingresar como voluntario al Tercero de Línea. Impresionado ante el castigo que recibió en un desierto describió así la dramática escena: "Formado el batallón, rígido humilla al pobre desertor aprendido, que sobre el patio del cuartel tendido siente el roce brutal de la varilla..."

"Sus amigos de aquellos tiempos lo recuerdan como un mozo flaco y huraño de maneras imperiosas y de ingenio procaz. La rudeza dominaba igualmente en su voz y en su fisonomía; el cabello áspero y resuelto, la cara tallada a recios planos, los ojos de un azul claro, de metal y la boca a menudo contraída en un gesto desdeñoso o burlón", dice Ernesto Montenegro en su obra "Pezoa Véliz, Poeta del Pueblo".

De acuerdo con Leonardo Pennas, otro de sus biógrafos, habría que decir que era enjuto, huraño, de manos finas, las uñas toscas, las maneras recias, el andar sin elegancia y el ingenio mordaz, impaciente y sarcástico. "Un alma de poeta, un espíritu profundamente soñador, encerrado bajo siete llaves en el sótano de una osamenta quiijotesca".

Unavez que dejó el Terce de Línea, el joven poeta se ocupó de ayudante en la Escuela San Fidel, donde ganaba algunos pesos. Sin embargo, sus ideas y, al parecer, la envidia del director del plantel, consiguieron que le despidieran. Las dificultades económicas y su vida bohemia fueron minando su textura física.

En su diario el joven escribe: "Me acostaré pronto. Anoche tuve algunos ataques en mi cama que me hicieron temer la muerte. Parece que hoy se repetirán. Estoy bastante enfermo de mis pulmones".

La crisis económica porque atraviesa Carlos Pezoa le golpea fieramente. Pasa días enteros sin comer hasta que consigue un puesto administrativo en el Escuadrón Escolta. Más, fue dado de baja por incompetencia para llevar documentación, según lo señala el Archivo General de Guerra.

En 1902, Pezoa Véliz viajó a Viña del Mar donde se desempeñó como profesor en el Instituto Inglés. Una aurora de prosperidad sonrió al poeta.

El nombre de Carlos Pezoa Véliz empieza a ser conocido gracias a la publicación de sus versos en diarios y revistas, al poco tiempo de establecerse en Viña del Mar. Para robustecer sus ingresos, trabaja de vendedor de avisos en diarios de Valparaíso. Su talento, no obstante, le acarrea la envidia de quienes le rodean. Vea usted -se lamenta en una carta fechada el 26 de mayo de 1904-, vivo en un pueblo donde es peligroso demostrar talento. Se le envidia brutalmente. ¡Cosas de pueblo chico, usted sabe; o mejor, usted no sabe! ¡El medio es infernal! ¡No hay con quién conversar!

¿Cómo empleaba su tiempo, el poeta, en Viña? Demos un rápido vistazo al horario de trabajo que incluye en su carta:

8 a 11, clases 12,30 a 1,30, clases; 2 a 4 trabajo literario; 4 a 6 paseos, saludos, relaciones; 6 a 7,30, comida; 7,30 a 9,30, clases; 9,30 a 11, correspondencia por orden de fecha.

Pero fríamente -anota el poeta-. Del día no topo al prójimo sino en los almuerzos y en las dos horas de paseo. Los demás solo. Solo en clases. Usted comprende, ¿No? Sólo es tarea literaria. Sólo en correspondencia.

Se me ha desarrollado de manera enfermiza el amor al aseo y al orden, que me hacía perder en arreglar la pieza todo el tiempo de literatura, cuenta más adelante. Es una terrible manía nerviosa que combato haciendo el arre-

glo los miércoles y sábado por la mañana, en que tengo dos horas menos de clases.

La soledad hiere al poeta durante su existencia. "Dónde hallar un placer que derritiera este hielo salvaje con que río / Quién tuviera una lágrima siquiera / para calmar la sed de mi hondo hastial", dice en su brindis broniano, dedicado a Pedro Antonio González.

"Sólo, como un engendro del abismo, / siento en mis venas del sepulcro el frío; / yo soy la horrible tumba de mi mismo / bajo la losa del mortal hastío", añade.

El temor al fracaso estremece de nuevo al poeta. Después de una inspección efectuada por una comisión examinadora en el colegio en que trabaja como profesor, escribía el viernes 22 de noviembre. El destino continúa cebándose. En la mañana dieron un profundo desaliento; presentía que mi ocupación de ayudante o de maestro de escuela iba a tener fin, ¡Quién sabe si para siempre! Algo como una sombra cayó sobre mi espíritu...; ¿Qué será de mi madre?, ¿Cuándo se irá a aburrir de tener en su casa un poeta desocupado y que sólo le impondrá desembolso con su incapacidad y dolores con su horrible carácter. Inmediatamente pensé en marcharme a Juan Fernández...

Al asumir la presidencia de la República don Pedro Montt, nuestro poeta fue designado secretario de la Municipalidad de Viña y con este puesto una relativa tranquilidad económica se apoderó de él, hasta que el terremoto de 1906 le dejó inválido de ambas piernas. Fue durante su permanencia en el Hospital de Cerro Alegre donde Pezoa Véliz compuso "Tarde en el Hospital".

A su convalecencia en el pueblecito de El Almendral siguió una nueva enfermedad. Los médicos creyeron que sufría de apendicitis y lo operaron con desastrosos resultados. La herida de esta operación se negó a cicatrizar y debió ser trasladado al pensionado del Hospital San Vicente, donde por su falencia económica no pudo permanecer durante mucho tiempo y fue conducido a la sala común. Allí, recibió, en medio de la más horrible soledad, la visita de la muerte...

En este lírico -señaló Donoso- se cumplió el destino de muchos escritores románticos: morir joven y tener en su vida el comienzo de una leyenda, nacida al margen de su existencia bohemia, crucificada, antes de los treinta años, por un infortunio que sólo logró la muerte.

FRANCISCO GATICA PEZOA

Perspectivas antropológicas:

## Visión del hombre entero

## Los complejos interdisciplinarios

Santiago Vidal,

Red Internacional del Libro Ltda. Santiago, 1993.

El libro reúne un conjunto de ensayos filosóficos escritos por su autor durante los últimos cuarenta años que se inspiran en una coherente visión sobre el hombre y su naturaleza, el mundo y la historia, el desarrollo del conocimiento y los valores éticos.

La matriz de sentido que están en el trasfondo de estos trabajos es la concepción de "un ser humano esencial y existencialmente a una totalidad, en una unidad coherentemente estructurada, con sentido y finalidad" (p. 61).

Esta noción de hombre entero -corporal, espiritual y trascendente- de raíz aristotélica y tomista, inspira el análisis respecto del conocimiento humano. Así distingue una visión del hombre como un objeto disgregado y atomizado, que sólo es capaz de observar una realidad abstractamente parcelada y de elaborar teorías que permiten iluminar parcialidades, nunca seres humanos reales y concretos, de otra que posibilita una comprensión más profunda de las personas y su mundo total de la existencia, como de la realidad que está inserta el hombre y lo humano, que es producto de un saber unificado e integrado.

Entre los derroteros que permiten aproximarse a esta modalidad de conocimiento o hacia una unidad del saber, el autor propugna la constitución de interciencias como una idea nacida del núcleo mismo del sistema científico derivada de la interpretación de las áreas de objetividad.

Lo anterior no sólo conlleva la compatibilidad de pares de campos implicados, como sucede con la bioquímica, la geopolítica, la sociobiología o la bioética, sino la constitución de complejos interdisciplinarios capaces de establecer vinculaciones significativas entre diversas disciplinas, sin que por ello pierdan su objeto al implicarse entre sí. Por el contrario, éstas se potenciarían y adquirirían un nuevo sentido en la explicación de áreas de objetividad extendiendo su mirada hacia el mundo de la subjetividad humana.

La lógica de las interciencias, tal como es concebida por el autor, no constituiría un atentado a la especificidad de los conteni-

dos y metodologías de investigaciones de cada disciplina sino una redefinición de las zonas limítrofes de sus campos temáticos y problemáticos. Sin embargo, es claro que en este método interdisciplinar no tienen cabida las "ciencias islas", las autonomías absolutas de disciplinas particulares, ni la especialización de saberes unilaterales. En el ámbito de las ciencias sociales, el hombre se posicionaría en el centro mismo de la investigación y de la reflexión, para lo cual es necesario avanzar en "los estudios de la lógica de las ciencias humanas en relación a todas las demás ciencias y disciplinas" (p. 169).

A partir de esta opción se pretende construir un puente entre Filosofía y Ciencia, pues esta perspectiva antropológica se inserta en los parámetros de un saber genérico que conlleva una doble significación: filosófica -relativa a la idea de hombre integral- y científica, en cuanto está referida también al conocimiento de ese hombre mismo y de todo aquello que le concierne, libre de arbitrarias delimitaciones monodisciplinarias.

La unidad de las ciencias y la unidad del hombre con su ambiente se iría logrando en el tiempo a través de síntesis provisionales, correspondiéndole a los filósofos continuar con su irrenunciable tarea de buscar la verdad última.

Estas reflexiones epistemológicas apuntan además a los temas de la objetividad-subjetividad del conocimiento científico, de los juicios de valor-neutralmente éticos que enuncia, de las relaciones entre el todo y las partes, entre la teoría y la práctica, etc.

Otra fuente de preocupaciones que se proyectan desde el discurso anterior es la formación de la conciencia crítica y valorativa de los educadores y de los alumnos. Para el autor, el rol del maestro no consiste en transmitir información que los estudiantes deben aprender, sino esencialmente en enseñar a pensar transmitiendo una actitud responsable ante sí mismos y ante los demás. Tanto el investigador científico como el educador no les puede ser indiferente las consecuen-

cias de su neutralidad ética ni ser escéptico ante los valores que siempre están comprometidos en su quehacer. Así postula que "la supuesta neutralidad ética es una eventual posibilidad de no ser persona, en el sentido que comprendemos este concepto. No ser persona, es incapacidad para asumir la responsabilidad de los propios actos, por ejemplo en mi vida, que es la de los demás prójimos. Una pretendida neutralidad moral frente a la vida, la cultura, las formas de convivencia, etc., es una manera cómoda de eludir responsabilidades intelectuales, sociales y morales" (p. 316).

Pero ¿es posible enseñar la ética y la filosofía como se enseña a resolver problemas matemáticos o a desarrollar destrezas?; ¿es comunicable la experiencia del valor y del valorar?; ¿el hombre es formado o se forma a sí mismo por autoeducación?; ¿qué sentido tendría formar nuevas generaciones, si ello es posible, sin ideales?

Manteniéndose fiel a su "perspectiva antropológica" humanista cristiana en el transcurso de largos años el autor recoge nuevas concepciones teóricas surgidas en las últimas décadas desde la física, la biología y la filosofía misma que han ido provocando un desgarramiento progresivo del sentido unitario y que caracterizan la crisis epistemológica de la cultura occidental en estos tiempos "posmodernos". Frente a ellos y a las contingencias sociopolíticas vividas no sucumben, no adhiere a las sucesivas modas intelectuales sino que recrea principios trascendentes propios de una matriz de fe, a partir del cual hace el esfuerzo por articular nuevas categorías de distinción.

El tono de los documentos que componen el libro es siempre dialogante. Sus meditaciones producen en el lector nuevas meditaciones siendo encomiable la claridad y concisión de los textos. Por cierto se puede concordar o disentir en cuanto a su opción vital e intelectual pero sería absolutamente injusto desconocer la profundidad de sus planteamientos e ignorar su, a veces, angustiosa interpretación.

Patricio de la Puente Lafoy